

HISTORIA DE UN CALCETÍN

PSEUDÓNIMO: BOB ESPONJA

-¡Me he matriculado en filología hispánica, no en ingeniería informática!- resonó una voz sobre el murmullo general del aula abarrotada cuando terminaron de explicarnos el farragoso protocolo para la conexión a las clases. Un aplauso, al principio tímido, pero luego estruendoso, refrendó el sentir unánime de los allí presentes al respecto. Antes nos habían anunciado que, a partir del día siguiente, se suspenderían todas las actividades universitarias en la modalidad presencial, al parecer por una quincena, por orden del Gobierno, para frenar la pandemia hasta que el peligro de contagio estuviera bajo control.

¡Qué galimatías de instrucciones sobre cómo abrir sesiones, enlaces, descargas, aplicaciones, foros y programas! No me cabían en un folio tantas notas.

“Pero bueno -pensé- dos semanas se pasan pronto y volveremos a la normalidad sin darnos cuenta. Se quiera o no, estamos en el siglo veintiuno y es imposible que un simple virus condicione nuestras vidas. Lo dicta la lógica. Somos la generación más tecnológica de la Historia, con los mayores avances en investigación que se hayan alcanzado nunca”.

¿Una quincena? ¡Ja! No he vuelto a pisar el campus desde entonces y estoy en medio del segundo curso. Me han robado el mejor año de mi vida y no sé a quién culpar. He dejado de conocer a mucha gente, de deleitarme con explicaciones de mis profesores, apasionados de la literatura como yo, porque han estado más pendientes de la señal de internet que de declamar con énfasis un soneto de Lope, más comprometidos con encargarnos trabajos insulsos, para rellenar las horas muertas, y de facilitarnos una lista interminable de biografía relacionada con esos encargos inútiles que de despertar la pasión por el realismo mágico de Gabo, o *la otra sentimentalidad* de los poetas contemporáneos en nuestros corazones, cuyas

sístoles endecasílabas alternan con las diástoles heptasílabas, predispuestos siempre a la lírica.

He desperdiciado mil flirteos con las de medicina, en el bar de su facultad o en el comedor de la mía, tanto da; la posibilidad de abrir una puerta que ni siquiera sabía que tuviese instalada en el antepecho de mi curiosidad por la suspensión de las conferencias del área de Lingüística; la emoción compartida de descubrir alguna obra maestra del cine en el cine, entre palomitas, coca colas y móviles que alguien ha olvidado silenciar. Y las fiestas de fin de cuatrimestre, tan necesarias para liberar la tensión acumulada en los parciales. Y las horas en la biblioteca estudiando y observando al personal, rebuscando algún ejemplar dormido de una edición única de Delibes, o de Unamuno, o de Salinas, o de Juan Ramón. Una carta manuscrita de Ramón J. Sender. El teléfono a lápiz de Juana de Ibarbourou en el margen de una de sus hojas. Una fotografía en blanco negro de Cernuda a modo de marcapáginas.

Y así, elucubrando sobre las cosas que se pierden y que jamás volverán, llegaron los momentos que de verdad importan. Una llamada anunciándome el positivo de mi padre, pero sin síntomas, rompió la monotonía de una tarde de mayo. Otra llamada, dos días después, para decirme que tenía algunas molestias y que lo habían dejado ingresado en el hospital para controlar mejor el proceso, rasgó alguna tela en mis entresijos. Un mensaje a las tres de la madrugada para informarme de su ingreso en la UCI al día siguiente sirvió como detonante para la desazón más grande que recuerdo. Y luego el llanto de mi madre, a las pocas horas, y sus palabras entrecortadas, rotas; y sus silencios, y sus hipidos, supusieron la bofetada más cruda soportada en mis dieciocho años de vida. Me dijo que no fuera, porque no nos dejaban ni velar el cadáver siquiera.

Me vine con un padre que era capaz de desbrozar la selva con sus propias manos para abrirme camino y, cuando me dejen regresar, me lo encontraré dentro de una urna llena de cenizas sobre la repisa de un mueble. Y entonces me sentí egoísta y banal y arredeé mis pensamientos como un calcetín borracho. Y el llanto en solitario por la muerte de mi padre significó una catarsis radical cuando al final el dolor fue dejando paso a la norma: cada pequeño detalle de mi vida se convirtió en una conquista y dejé de culpar al abstracto, o a Dios, o al karma de la situación. Y vi en cada medida para suplir las restricciones una oportunidad nueva para crecer y multiplicarme, para aprender y cumplir todos los propósitos que seguían intactos en algún lugar recóndito, debajo de la mascarilla, porque mi alma desde entonces también llevaba mascarilla. Y no solo los afrontaría por mí, sino que cada logro mío se lo dedicaría a su memoria.

Hice mil conocidos a través de las redes sociales y desde ellas surgió la amistad. Aproveché para leer a Borges y a Garcilaso, a Maquiavelo y a Boscán. Encontré la esencia de esos trabajos tontos que nos encargaban y disfruté con ellos, buceando en la bibliografía. Alguien, enamorado como yo de la literatura, me envió un enlace para conectarme con la fonoteca de la Biblioteca Nacional y todas las noches, antes de irme a dormir, gastaba unas cuántas lágrimas escuchando a los mejores autores del último siglo declamando, con su propia voz, poemas solo para mí.